CAPÍTULO V

Liborio Grazziani

I

Méndez se encontraba en Londres desde primeros de junio. Valiéndose de todo linaje de ardides había conseguido hacer llegar una carta cifrada á manos de Espinosa, dándole cuenta de los proyectos que abrigaba y de las facilidades ofrecidas por el Gobierno inglés para el regreso á España. Espinosa le contestó, y tuvo también la suerte de que la carta no se extraviara ni quedara detenida ó interceptada; pero la que Méndez le mandó, trazándole ya todo un plan completo para realizar la evasión, fué traidoramente entregada al residente. Con todo, antes de que éste hubiera podido descifrar su contenido valiéndose de un oficial francés llamado Godin, muy experto en esta clase de trabajos, Julieta había hecho desaparecer la carta, que leyó perfectamente y quemó después. No quiso entregarla á Espinosa por no hacer traición á su patria y porque no quería que el coronel pudiera abandonarla. De ahí venía el haberle dicho, la noche que se quedaron solos en el salón, que sabía lo que se estaba tramando.

Con Méndez estaban conspirando también los bizarros generales y diputados de la Junta de Sevilla, D. Adrián Jácome y D. Juan Ruiz de Apodaca.

Méndez esperó días y más días la respuesta de Espinosa, pero todo fué en vano. No había que dudar: la carta había sido interceptada. Méndez se estremeció al pensar en las consecuencias que podría tener semejante contratiempo.

Deliberaron Jácome, Ruiz de Apodaca y Méndez, y fueron de parecer de que no eran ya posibles más demoras. Estábase á últimos de julio. Los franceses podían rehacerse del descalabro de Bailén, y urgía abocar en España todos los medios de defensa. La división de La Romana se componía de lo más florido del ejército y podía ser de una utilidad inestimable. No había tiempo que perder: las sublevaciones de Zelandia y Fionia habían dado por único resultado el redoblarse la vigilancia: apremiaba sacar las tropas y trasladarlas á España.

Por último resolvieron mandar en unión con Méndez un oficial de marina para que juntos se embarcasen en la escuadra inglesa y procurasen comunicarse con los cautivos. Pensó en qué oficial debería recaer el espinoso cargo de salvar á los desterrados, y quedó designado el secretario de la Junta de Sevilla, D. Rafael Lobo.

Este se presentó en Londres al recibir la orden de Ruiz de Apodaca, y en breve quedó enterado de lo que le tocaba hacer. Los ingleses destinaron un barco de guerra á disposición de Lobo, y embarcáronse él y Méndez, decididos á llevar á cumplido término su empresa.

No se les ocultaba la temeridad de su propósito.

Los españoles estaban diseminados, custodiados y rodeados por tropas francesas y danesas en su mayor número. Las costas eran objeto de la más incesante vigilancia. Romana, siempre incierto, aunque leal y animado de los más nobles designios, carecía, en ocasiones, de entereza de carácter; pero no por eso vacilaron los dos oficiales, y así se dieron á la vela en un hermoso bergantín que debía llevarlos á la costa de Langeland.

II

Habíanse separado ya cuarenta millas de tierra. Hasta entonces todo había sido bonanza, pero al anochecer empezó á soplar un ardoroso viento sud y retumbó lejano el rumor del trueno. Pronto pareció que misteriosas potencias levantasen en peso las profundas aguas y elevasen al aire la frágil embarcación.

—Vamos á bailar un poco,—dijo Lobo.

—Voy á marearme de lo lindo,—replicó Méndez.

El barco se acostaba á un lado y á otro. Las olas lo levantaban, y al tenerlo en lo alto parecía como que lo dejasen caer para que se hundiese en el abismo. Abrióse el cielo, desplomándose una mole inmensa de agua; rasgaron los rayos la oscuridad de la noche, silbaba el viento al través del cordaje como una legión de serpientes, y todo crujía, bramaba y se inundaba. La tempestad era seria. Las maniobras más acertadas no conseguían detener la desenfrenada carrera del barco, impelido por el sur. Si el furor del viento no amainaba, iba la pobre nave á estrellarse de seguro contra algún escollo.

No tardó en oirse un siniestro crujido.

El comandante del buque, impasible, sereno, frío y sublime, llamó á Lobo y le dijo:

—El barco va á sumergirse, y si perecéis en el naufragio se inutilizan los trabajos hechos y se retarda por largo tiempo la empresa. Saltad en un bote y Dios os lleve á salvamento. Un marinero vendrá con vos.

Lobo contestó lacónicamente:

—No quiere irme: perezcamos todos.

—¿Y los intereses que os están confiados?

—Mandad á un oficial vuestro.

—No querrá ninguno dejar el barco. Vaya Méndez.

—Méndez no se moverá de aquí.

—Es cuestión de minutos. El buque ha chocado contra un banco y estamos encallados en las rocas.

—Preguntad á la gente si hay alguien que quiera salir del barco para llevar los pliegos y los fondos á Langeland ó á Fionia.

El comandante dió la orden.

Á los pocos instantes se presentó un marinero.

El comandante le miró con cierto desprecio.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó.

—Liborio Grazziani.

—¡No es inglés!—dijo el comandante.

—¡No es español!—repuso Lobo.

—Os embarcaréis con otro que yo designaré. Si no encontráis la escuadra inglesa, desembarcaréis en Langeland, Fionia ó Zelandia, buscaréis á un jefe español cualquiera y le entregaréis este saco y estos papeles. Si os persiguen, lo arrojaréis todo al mar cuando no tengáis salvación posible.

Echaron un bote al agua.

—William Harris,—repuso el comandante,—idos con ese.

Un marinero que estaba achicando el agua que entraba por la cala, dejó la bomba. Era un infeliz cargado de familia.

Los dos hombres saltaron al bote y, se perdieron en las tinieblas.

III

No se oía voz humana en el barco y los que allí había parecían espectros entregados á insensatas obras. Todos los trabajos eran impotentes para desasir la nave de las rocas donde estaba fija é inmóvil. Sólo se oía el acompasado golpeteo de las bombas.

Tres horas mortales estuvieron así. Amaneció, pero no se disipaba con ello la oscuridad. Las nubes eran negras, la niebla densa y tenebrosa: sólo el mar parecía aquietado.

Resonó un cañonazo.

—¡La escuadra!—gritaron los ingleses.—¡El cañonazo del alba!

El bergantín disparó á su vez, aguardando ansioso la respuesta.

Retumbó otra detonación. Les habían oído, vendrían á salvarlos.

—¡Oh, dicha! Oíanse rumores de bocinas, apagados ecos de silbidos...

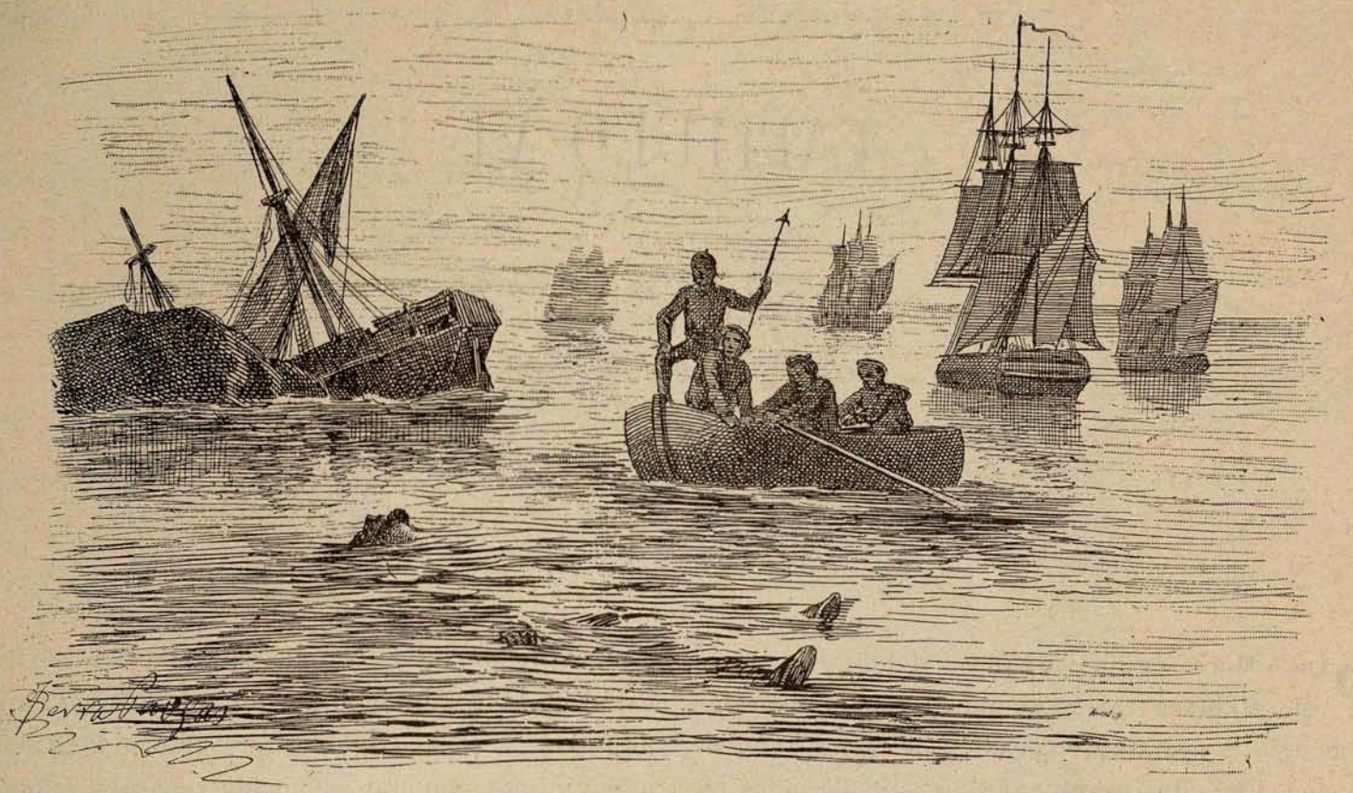
Pasó un cuarto de hora. Los rumores eran cada vez más claros.

—¡Lanchas!—gritaron.

Efectivamente, al través de la niebla se divisaban vagas sombras que corrían hacia ellos é iban haciéndose más distintas. Resonaban gritos de júbilo...

Las lanchas atracaron junto al barco. Todos saltaron. El buque estaba hundido hasta la orla de la obra muerta.

Cuando el comandante puso su planta en la canoa, ya el casco se había sumergido y sólo salía del agua la arboladura.



Las lanchas atracaron junto al barco.

—¡Pobre *Lovely!*—murmuró enjugándose una lágrima.

La escuadra les esperaba anhelante: no faltaba nadie.

De pronto se les ofreció un horrible espectáculo.

Un cadáver ensangrentado flotaba siguiendo los barcos.

—¡Mi comandante, es William Harris!—gritó un marinero.

—¡Ah, infame, infame traidor!—gritó desesperado el noble inglés.

CAPÍTULO VI

Julieta

I

Pablo Mora seguía en la playa del lago de Odensee. Habíase traslucido que ejercía la profesión de médico, y pronto tuvo ocasión de poder emplear sus conocimientos, pues acudían á él de todos los pueblos de las orillas del lago para que visitase á los enfermos y achacosos. No tardó en divulgarse el mérito de sus curaciones, y pronto el médico español adquirió gran fama entre aquellas sencillas gentes. Helga sentía aumentar á cada momento el amor que tenía al gallardo extranjero, y había acabado por quererle como una mujer del Mediodía, con arrebatada pasión y sin límites. Pablo Mora hizo con ella un verdadero milagro, infundiéndole el fuego de las heroínas españolas.

Hubiera sido ya imposible á los dos enamorados separarse más en su vida. Pablo pidió la mano de Helga y le fué concedida al punto. Respecto al plazo para el enlace, se dejó que las circunstancias lo indicaran: ni Pablo tenía reparo en quedarse toda la vida en el lago, ni Helga en seguir á Pablo hasta el fin del mundo.

Los dos jóvenes solían pasar largas horas en las rocas, viendo como el Báltico se estrellaba contra las peñas, y á veces solían bajar á pescar con cañas, ocultos entre las asperezas y concavidades de los promontorios.

Entretenidos en esta ocupación se encontraban una tarde de julio, cuando vieron venir hacia el canal un bote tripulado por un solo hombre. Antes de penetrar en el canalizo que unía al lago con el mar vieron cómo el desconocido repasaba cuidadosamente todo el fondo y el exterior del barquichuelo y que lavaba afanosamente unas manchas oscuras que se destacaban sobre uno de los blancos costados de la navecilla.

Lavó también un cuchillo y lo escondió en el cinto. Luego cogió los remos y entró resueltamente en el canal.

Los dos pescadores habían contemplado silenciosamente y sin ser vistos aquella extraña escena. Miráronse y comprendiéronse al punto.

—Yo veré qué ha sido esto,—exclamó Mora.—No des á conocer que yo sea español.

—Vamos,—repuso Helga.

II

Los dos jóvenes se encaminaron hacia el lago, siguiendo á pie al barco por la orilla del canal.

El marinero no se creía tan cerca de quien le oyese, y entonó una barcarola italiana, una verdadera canción de ladrón, cínica y feroz.

—¡Miserable!—murmuró Pablo Mora.—Hagamos por llegar al lago antes que él.

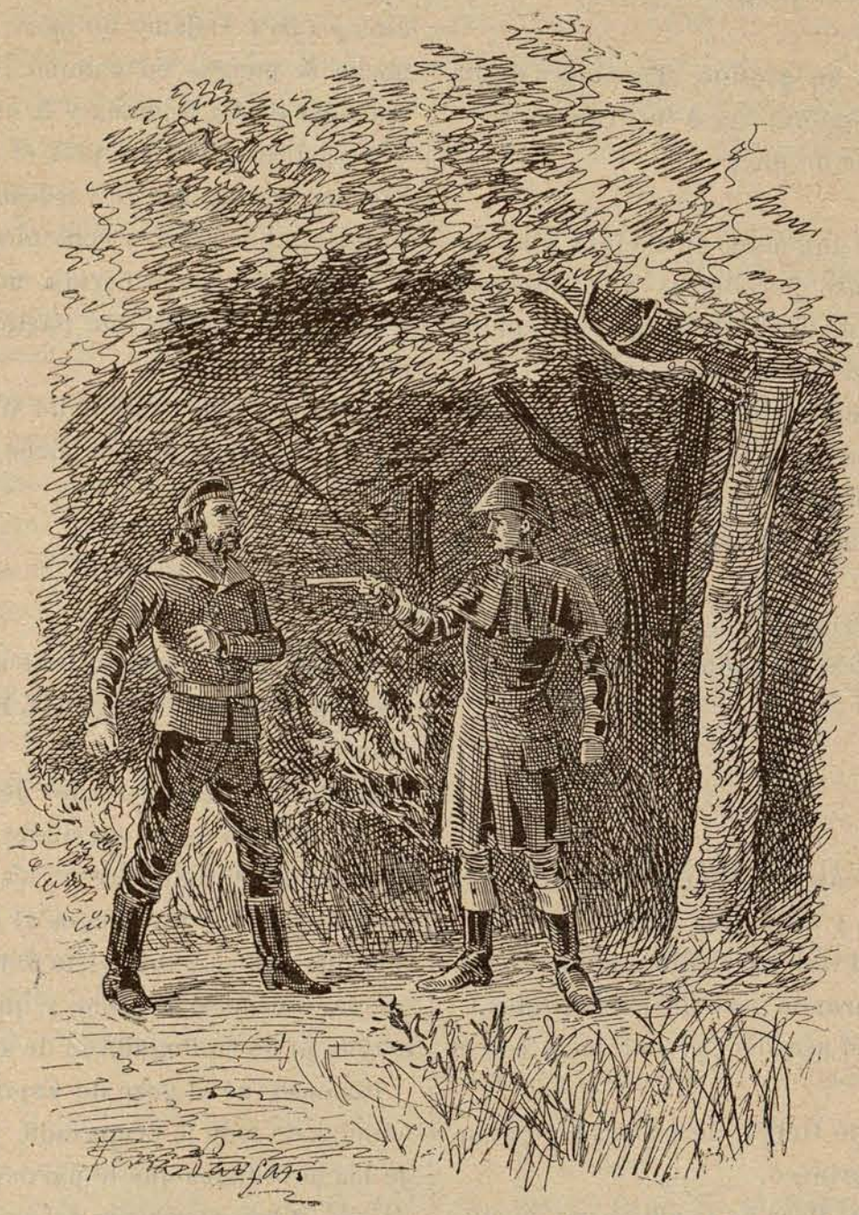
Corrieron los dos jóvenes y consiguieron anticiparse á la barca. Dirigiéronse al punto hacia donde parecía hacer rumbo y aguardaron á que desembarcara su tripulante.

Así que estuvo en tierra, el marinero les explicó, en una mezcla de inglés é italiano, que había escapado de un naufragio. Parecía como que quisiese manifestar que odiaba á los ingleses y que era grande amigo de Napoleón.

Le invitaron á ir con ellos, á lo cual accedió con mil amores.

—Mucho ron y ginebra,—le dijo Mora á Helga.—Conviene hacerle dormir.

El marinero brindó por Napoleón y preguntó que



—¡Alto! De rodillas y vuélvete de espaldas.

le dijesen cuál era el camino de Odensee. Pablo sabía que en Odensee no había ningún español y sí tan sólo las principales autoridades de la isla, amigas de los franceses.

Mora le manifestó que le serviría de guía, pero que descansara un poco.

El marinero contestó que no podía detenerse, porque le convenía ver con urgencia al gobernador danés ó á algún jefe francés.

Entonces Mora se echó un capote á la espalda y salió de la cabaña, diciéndole en su lengua al italiano que le conduciría á presencia del gobernador.

Ya se había puesto el sol. Dirigiéronse al bosque cruzando palabras insignificantes.

Pronto llegaron á una intrincada espesura.

Pablo Mora amartilló una pistola, y, encarándola á su acompañante, exclamó con voz firme:

—¡Alto! De rodillas y vuélvete de espaldas.

El italiano obedeció.

—¡Tira el cuchillo!

El italiano pareció que no comprendía.

Pablo se adelantó un paso y le repitió:

—Tira el cuchillo que llevas oculto en el cinto, muy lejos, á tu frente.

El italiano sacó el cuchillo y lo arrojó.

—¿De dónde vienes?—preguntó Mora.

—De Francia.

—Mientes. Tú eres un asesino. Tú vienes de Inglaterra. ¿Para qué quieres ver á los franceses?

—He de entregarles un pliego.

—Venga.

El miserable metió una mano en el cinto, y levantando el brazo disparó por detrás un pistoletazo contra Pablo Mora, que cayó al suelo herido en un costado. Liborio Grazziani era buen tirador.

Agil como un demonio, el marinero fué á recoger el cuchillo y corrió luego hacia el herido, que, medio incorporado y conteniéndose con una mano la hemorragia, pugnaba por rechazar lo posible al asesino.

Entablóse una horrible lucha. Pablo, exánime, podía difícilmente parar los golpes.

III

De pronto salió de entre la espesura una blanca forma y corrió ligera y silenciosa hacia el agresor.

Sobre la cabeza del italiano brilló el siniestro fulgor de una hacha lanzando destellos fulgurantes.

Oyóse un grito, y el asesino cayó al suelo con el cráneo partido.

—¡Pablo mío!—gritó Helga, desesperada, saltando por encima del marinero.

—¡Helga! ¡Gracias! Pero no te aflijas, no ha sido nada. La herida es muy leve. Dame un pañuelo.

Helga le restañó la sangre.

—Registra á ese hombre,—dijo Pablo.

Hízolo Helga, y encontráronse los despachos entregados á Lobo y una gran suma de dinero.

—¡No hablará!—murmuró Pablo.—¿De dónde has sacado eso?—gritó.

En lugar de responder, el moribundo balbuceó con estertorosa voz algunas palabras ininteligibles. Los dos jóvenes sólo comprendieron que se refería á un asesinato.

—¿A quién has robado? ¿A quién has asesinado?—repuso Pablo.

—William Harris... *Lovely*... naufragó... ¡Españoles... ahogados... no huirán... no!...—contestó el italiano.

Hizo algunos movimientos convulsivos y murió.

—Helga, no conviene que se sepa nada de lo ocurrido,—dijo Mora;—arrojemos ese cadáver á uno de esos *polders*. Déjame en casa, y te suplico que esta noche te pongas en camino para Nyborg, veas al marqués de La Romana y le entregues todo esto.

Arrastraron por los pies el cadáver y lo dejaron caer en una laguna de verdosas aguas. Apoyado en Helga, Pablo Mora, y conteniéndose con un pañuelo la hemorragia de la herida, no cesaba de suplicar á la valerosa joven que partiese para Nyborg sin pérdida de tiempo.

Mora quedó al cuidado de Walborg, y la joven se embarcó aquella misma noche con Carroll.

IV

Al mediodía siguiente entraban en el puerto de Nyborg, y Helga entregaba á Espinosa los pliegos y el dinero.

Explicóle que el portador de aquellos documentos había hablado de un asesinato cometido por él en la persona de un marinero inglés; que tenía intención de ir á entregar los pliegos al gobernador de Odensee; que ella se había visto obligada á matarle para que no asesinase á Pablo; y que nadie había tenido noticia ni de su llegada ni de su muerte.

Inmenso fué el gozo de Espinosa de tener por fin noticias de todo lo preparado, y no menos se alegró de las novedades que le participaban: la batalla de Bailén, el levantamiento del sitio de Zaragoza, el entusiasmo de la nación, la eficaz cooperación de los ingleses y el marcado sentimiento liberal que informaba los actos de la nación.

Acto seguido fué á dar cuenta de todo á La Romana. El buen general no cabía en sí de alegría. Espinosa, por su parte, quedó admirado de la singular casualidad que había hecho llegar á sus manos el importante pliego arrebatado al mensajero enviado por la escuadra, felicitándose de la hora dichosa en que Pablo Mora se había enamorado de la dinamarquesa del lago. Á no ser por él, los pliegos hubieran

ido á parar á poder de los franceses y todo hubiera quedado descubierto.

Convínose en que se avisaría á los jefes de los regimientos para que estuviesen á la mira de la escuadra inglesa. Sólo estaban intranquilos por la suerte de Méndez y Lobo, si, como parecía desprenderse de las palabras del italiano, había naufragado el bergantín *Lovely*, en el que venían.

Helga y Carroll iban á embarcarse otra vez para el lago; pero antes de dirigirse al puerto, Espinosa habló con la joven algunos momentos, no pudiendo contener la efusión con que le daba las gracias por el importantísimo servicio que acababa de prestar á la causa española. Despidiéronse, y Helga siguió sola su camino.

Al llegar al extremo de la calle, situada, como hemos dicho, frente á la playa, con una sola línea de casas, oyó una voz de mujer que la llamó por su nombre desde una cabaña. Acercóse la joven y se vió en presencia de una elegante y hermosa dama.

Era Julieta, que había presenciado detrás de una ventana la entrevista de Espinosa y Helga, y que, devorada por los celos, había seguido los pasos de la bella pescadora.

Helga saludó con la mejor gracia y cortesía á la desconocida.

Julieta, pálida y trémula de coraje, cogió á Helga con violencia por una mano.

—¿Qué te decía el coronel?—preguntó.

Helga, que no esperaba semejante acogida, quedó sorprendida y respondió:

—Nada que á vos deba importaros.

—¿Conque eres su querida? Eres su querida: ¿verdad?

—Señora,—repuso Helga,—si lo sois vos, podéis estar tranquila. Es la segunda vez que hablo al coronel. Si le queréis y le estimáis, como parece, debéis estarme reconocida. ¡Dejadme ir, pues, y no me toméis por lo que disto mucho de ser!

—Pues ¿por qué te habló con aquella vivacidad que parecía de un enamorado?

—Señora, eso no debo decíroslo yo: preguntádselo á él.

—Mira que puedo perderte, que puedo ahora mismo hacer que te sepulten en un calabozo. Confiésame que él te ama y que tú eres su manceba...

Helga sintió ultrajada su dignidad, y exclamó con voz sofocada:

—¡No tenéis derecho á decirme lo que tal vez puede decirse de vos!

—¡Insolente! ¿Tú le amas?

—Señora, hacedme el favor de no importunarme más y dejarme ir. Mirad que se me hace tarde para marchar.

—Y ¿qué me importa á mí nada de lo que tú tengas que hacer? Yo te he visto hablar con el coronel, mostrársete rendido y galante, y eres guapa y hermosa para que le tengas enamorado. Yo le amo, ¿oyes? y no has de ser tú quien me lo arrebate. Ya sé que él te vió en el lago de Odensee y que eres tú la incomparable Helga.

—¡En mal hora le he visto!—exclamó ella.—Señora, ¡por piedad, dejadme ir, porque si vos amáis al coronel, yo amo á otro hombre tanto como vos podéis amarle, y me esperarán él y mis padres, y los vais á matar á todos de dolor si me retenéis aquí! ¡Señora, ya que tanto queréis al coronel, por el amor que le tenéis os ruego y os suplico que me dejéis ir, que también hay quien es dueño de mi corazón y de mi vida, quien me espera herido, enfermo y anhelante! ¡Dejadme ir, señora, porque os juro que el coronel y yo jamás hemos hablado de otro amor que el que me tiene mi futuro esposo y el que yo le tengo á mi idolatrado Pablo!

—Está bien: vete,—exclamó con voz sombría;—pero agradéceme que no te haga embarcar hoy mismo para las islas de Feroe ó Islandia. ¡Tú eres una espía de los españoles!

—Señora, yo no soy ninguna espía: yo soy la esclava de mi amante.

—Oye: dime una cosa tan sólo, pero con toda verdad y certeza. ¿Tardarán muchos días en huir?

—Señora, yo no sé nada.

—Sí lo sabes.

—No, no lo sé. No sé de qué se trata.

—Pues ¿á qué has venido?

—He venido porque me lo ha mandado Pablo.

—¿Y no sabes los días que tardará Pablo en abandonar la isla?

—No: creed que nada sé. Además, Pablo no me abandonará nunca.

—Bien está: vete; pero te advierto que si otro día te veo en Nyborg vas en derechura á helarte en Islandia ó á pudrirte en un pontón.

Temerosa Helga de que la impidiesen regresar,

nada contestó: saludó á la encolerizada dama y no tardó en hacerse á la mar.

V

Por la tarde, Espinosa recibió un billete de Julieta en que no decía más que estas palabras: «Necesito hablaros en seguida.»

El coronel se fué de mala gana á ver á la terrible sobrina del incomparable Citrouillière.

Imparciales ante todo, y amigos de dar á cada uno lo suyo, aunque sea un enemigo mortal, cúmplenos manifestar que Julieta estaba guapísima, hechicera y tentadora cuando el criado anunció la visita del coronel. Era una verdadera parisiense, y aquel día hizo alarde de ello. Espinosa mismo resultó algo contuso, ya que no herido, y por un momento la suprema coquetería de la francesa le hizo olvidarse del Dos de Mayo y de la batalla de Bailén. No tardó, empero, en reponerse y recobrar toda su serenidad.

Julieta vestía una bata de blanquísima muselina con lazos encarnados. Si el traje no pecaba de complicado, ni de excesivamente alto el escote del vestido, en cambio el peinado era una obra maestra de peluquería. Los rizos, cuernecitos, *crepés,* rayas, ondas, caracolillos, *bandós,* moños, castañas y tirabuzones, constituían una verdadera enciclopedia *tricofística,* polífera y suntuaria, un verdadero modelo de testa ecléctica, en que había confundido el alto peinado griego con el flamenco aditamento de los cuernecitos; la severa escuela italiana, con sus bandas lisas; y el desordenado y artístico encabritamiento del *negligé;* y los virginales y poéticos tirabuzones con la romana franja de recortado cabello sobre la frente. Sea como fuere, aquel peinado barroco, plateresco, *rococo,* sincrónico, complicado y cosmopolita, la adornaba maravillosamente.

Julieta lucía también sus albos y torneados brazos gracias á las cortas y anchas mangas de la bata, y tampoco desdeñó hacer gala de los encantos de sus pies, dignos de ser naturalizados en Andalucía ó Cuba, calzados con zapatito corto y vecinos de unas medias azul celeste.

En el pecho ostentaba su color y su perfume una peregrina rosa negra.

La joven estaba muellemente reclinada en un inmenso sillón de alto é inclinado respaldo.

Espinosa saludó á la beldad haciendo una profunda y ceremoniosa cortesía.

Julieta contestó con una ligerísima inclinación de cabeza.

El coronel comprendió que había mar de fondo y que amenzaba una escena borrascosa. Sin embargo, como de nada podía acusarle la francesa, estaba tranquilo sobre este punto.

—Señorita,—empezó á decir el coronel,—me he apresurado á venir así que he recibido el billete con que os habéis dignado favorecerme. Decid en qué puedo tener la honra de serviros y qué es lo que motiva el placer de poder veros á estas horas.

La joven lanzó á Espinosa una mirada atroz.

—Me he permitido molestaros,—contestó con irónico acento,—haciendo que vinierais aquí para dirigiros una simple pregunta, de tan poca importancia que ya me pesa haberos distraído de las graves ocupaciones que os traen tan atareado, pensativo y olvidadizo estos días.

—Julieta, ninguna ocupación extraordinaria me distrae de los deberes de gratitud que con vos y otras personas tengo. Decid, que yo os responderé de tal manera que nada tengáis que reprochar ni á mi gratitud ni á mi reconocimiento.

—Tanto habláis de reconocimiento y gratitud que creo acabaréis por ser un maniático de gratitud y reconocimiento. Se conoce que os cuesta poco quedar agradecido y que pronto os tiene rendido quien os hace un favor. Ya no extraño que, llevado de vuestro reconocimiento, os bajéis hasta besar la mano, hasta estrechársela, y hasta mirar con delicioso arrobamiento, aun á la más humilde pescadora del lago de Odensee, á cualquiera Helga, á cualquiera espía, á cualquiera traidora hembra que venda á su país para favorecer á sus amantes.

—Julieta,—respondió Espinosa;—habláis de tal manera y vertís tan extrañas expresiones que no os comprendo. ¿En qué puedo haberos disgustado? ¿De qué habéis deducido que fuera excesiva demostración de amistad, de gratitud, tal vez de piadosa lástima, ó quién sabe si de sincera admiración, el besar la mano á una joven honrada, digna, leal, adicta á su amante hasta el sacrificio? Os ruego, Julieta, que no juzguéis así á quien no merece el castigo de que le mostréis disgustado vuestro semblante; os ruego que no empleéis duras palabras con quien tiene un alma tan bella y un corazón tan

animoso como ha demostrado tener esa joven de quien tan duramente habéis hablado.

—Con mucho acaloramiento defendéis á vuestra rubia amiga, á esa virginal Ofelia, vaporosa y soñadora como las creaciones de los *Sagas* escandinavos: grandes servicios debe prestaros la cándida dinamarquesa para que de tal modo inspire vuestra mente y con tanta efusión ponderéis sus cualidades.

—Por Dios, Julieta, dejad ese tono que me lastima. Pedidme cuantas explicaciones queráis y yo os las daré; preguntadme lo que gustéis y os responderé: me defenderé y os dejaré persuadida si algo habéis pensado desfavorable á mi lealtad, á mi dignidad ó á mi honor. Aquí me tenéis esperando que os dignéis formular un cargo contra mí, no una vana quimera como la de que antes habéis hablado. Poderosos motivos debéis tener cuando, sin esperar á que yo cumpliese con la grata obligación de saludaros como todas las noches, me habéis llamado. Julieta: decidme qué queréis, qué mandáis ó qué exigís.

VI

Julieta no perdía su expresión amenazadora.

Levantóse y fué á sentarse junto á Espinosa, aproximándose excesivamente á él.

—Os quiero preguntar...—exclamó con airado acento,—no: os vengo á suplicar que me queráis decir si tardaréis aún muchos días en desertar de aquí.

—Nadie piensa en desertar,—respondió Espinosa con dignidad.—Por consiguiente, nunca.

—Me habré explicado mal: en huir de estas islas.

—Huyen los cobardes: nosotros no lo somos.

—Coronel, sé que falta muy poco para que venga á buscaros la escuadra inglesa: ¡aquella misma de Trafalgar!

—Por vuestra culpa no vendrá la nuestra, que allí sucumbió con inmarcesible gloria. Por vosotros la perdimos: ¡así nos ha pagado Napoleón el auxilio que le prestamos!

—¿Conque confesáis que se acerca el día de la fuga?

—Se acerca el día de nuestra libertad, Julieta. Ya que lo sabéis, no os lo he de negar.

—Y ¿no teméis que yo pueda estorbároslo, que os pueda perder á todos y hacer que os lleven á tales tierras que ya no os quepa idea alguna de volver á contemplar el sol de España?

—No, no lo temo. ¡Vos privar de que regresen á su patria los tristes desterrados! ¡Vos haciendo el papel de delator! ¡Vos, tan buena, tan bella, tan generosa, cometer el horrible crimen de privarnos de que vayamos á defender á nuestra patria! No: estoy tan tranquilo, aunque lo sepáis todos, como segura y tranquila debierais estar vos si yo me encontrase en vuestro caso.

—Espinosa,—respondió la joven;—creo perfectamente lo que decís: no es necesario que lo repitáis: si vos fueseis quien pudiese impedirme la fuga, sí, ya sé que nada haríais por estorbarlo; tal vez hasta me ayudaríais en ello con placer, alegremente, sin pesar alguno.

El coronel quedó confuso.

—Creed, Julieta,—replicó,—que...

—Ahorraos explicaciones: me gusta más la franqueza que las hipócritas componendas.

Ambos guardaron silencio.

Al cabo de algunos momentos Espinosa sintió caer en su mano una lágrima.

—¡Julieta!—dijo.—¡Lloráis! ¿Por qué lloráis?

—¡Ay de mí!—exclamó la joven.

Copioso llanto inundaba sus mejillas.

—¡Julieta! Si yo soy la causa de vuestras lágrimas no me lo podré perdonar jamás. Decidme qué tenéis: que me lo digáis os ruego, y veréis cuán presto se enjuga vuestro llanto. ¡Oh! ¡Decidme! ¿Por qué os entregáis á esos accesos de dolor? Pedid de mí cuanto queráis y os sacrificaré todo lo que de mí dependa.

Nada respondía la joven, cuyo desconsuelo era mayor cada vez.

—¡Julieta! ¡Hablad, por Dios! Explicaos, sacadme de mi confusión. ¿Qué queréis?

Por último la joven exclamó entre sollozos.

—¡Qué dichosa es Helga! ¡Qué desgraciada soy yo!

Espinosa no sabía qué pensar.

VII

De pronto la joven se puso en pie. Espinosa se levantó también. Ella le miró de tal manera que el coronel comprendió todo lo que pasaba en su alma: comprendió que la francesa estaba locamente ena-

morada. Espinosa, sin embargo, se mantuvo grave y silencioso.

Con mano ardiente y convulsa le cogió ella por un brazo y con voz breve le dijo:

—Respondedme á todo y dadme palabra de decir verdad.

—Os la doy.

—Si yo os pidiese que os quedarais, saliendo las tropas, ¿os quedaríais?

—¡Eso no! ¡Jamás!—replicó el coronel con duro acento.

—Bien: ahora me toca poneros condiciones.

—Decid.

—Debéis avisarme la hora de la partida. Juradme que me lo diréis. Si no me lo juráis, si no queréis ceder en esto, os participo que al momento voy á noticiar cuanto pasa á los jefes franceses.

—Os juro que os lo avisaré puntualmente si vos no lo confiáis á nadie.

—Convenidos, pues. Ahora podéis retiraros cuando gustéis.

—Mucho me pesa retirarme, Julieta, después de la pena que os he causado y de la triste necesidad en que me he visto de no poder obedecer á vuestras órdenes. Vos misma estoy seguro de que me despreciaríais y me tendríais por un mal caballero si abandonase los intereses de mi patria por dar satisfacción á la dicha de veros y de admiraros. Este gozo que infunde ahora en mi alma vuestra presencia se vería amargado por el remordimiento de estar yo entregado á la molicie y al descanso en tanto que mis hermanos de armas y mis soldados sufrían los rigores de la guerra: al oir los ecos de la fama pregonando sus hazañas, yo me acusaría de cobarde; envidiaría los lauros que ellos conquistaran; y por más que el honor de ser vuestro huésped y la dicha de admirar á toda hora vuestros encantos sean tal vez de más subido precio que una victoria y un triunfo, no sé si mi rudo instinto dejaría de rebelarse, echando de menos el fragor de la batalla en medio de las más dulces caricias de vuestra voz y las privaciones del campamento en medio de la opulencia de vuestra casa.

—¿No me queréis creer, coronel? ¡Haced, pues, como gustéis! Partid, partid. ¡Pero el corazón no me engaña! ¡No me engaña nunca el corazón! Partid; soñad en la gloria, en el mando; tened la noble ambición de ser el más ilustre caudillo, de devolver á vuestro país su independencia... ¡Vanas quimeras, Espinosa! Partid y enseñad á vuestros soldados el camino de la victoria. Pero ¡ay, coronel! ¡ay, Espinosa! No me engaña el corazón: ¡ay de mí y ay de vos!

Julieta no pudo continuar, ahogada por la emoción. Espinosa la escuchaba con la cabeza baja.

La joven le cogió por una mano, que apretaba convulsivamenle.

—¡Pero no comprendéis,—exclamó,—que... No me atrevo á pronunciar esas palabras. ¡No entendéis que el corazón me grita á voces, que de continuo siento una voz que me dice que vais á la muerte! ¡Allí, entre millares de cadáveres y heridos, allí veo vuestro cuerpo, rígido y ensangrentado; allí os veo con la espuma del coraje en los labios, empuñando aún vuestra espada teñida en roja sangre, sin más rumor que el estertor de los agonizantes y las insolentes carcajadas del vencedor! ¡Coronel! La muerte, la fiera muerte os acecha: asi que entréis en la batalla, la muerte os cogerá en sus garras, y allí caeréis y allí será vuestro sepulcro.

—Nada temáis, Julieta. Vuestro amigo os dará larga cuenta de sus días. Ya veréis cómo, una vez caído el opresor de Europa, nos volveremos á ver entre las fiestas con que la Francia celebrará la restauración de sus reyes ó la reconquista de su libre régimen republicano.

—¡Ah! ¡No! Pero no quiero entristeceros, Espinosa. Dejad para mí sola el desconsuelo y la amargura. Obedeced á vuestro afán de gloria, y no penséis en la pobre Julieta.

—¡Oh! ¡Eternamente pensaré!—contestó Espinosa con ternura.

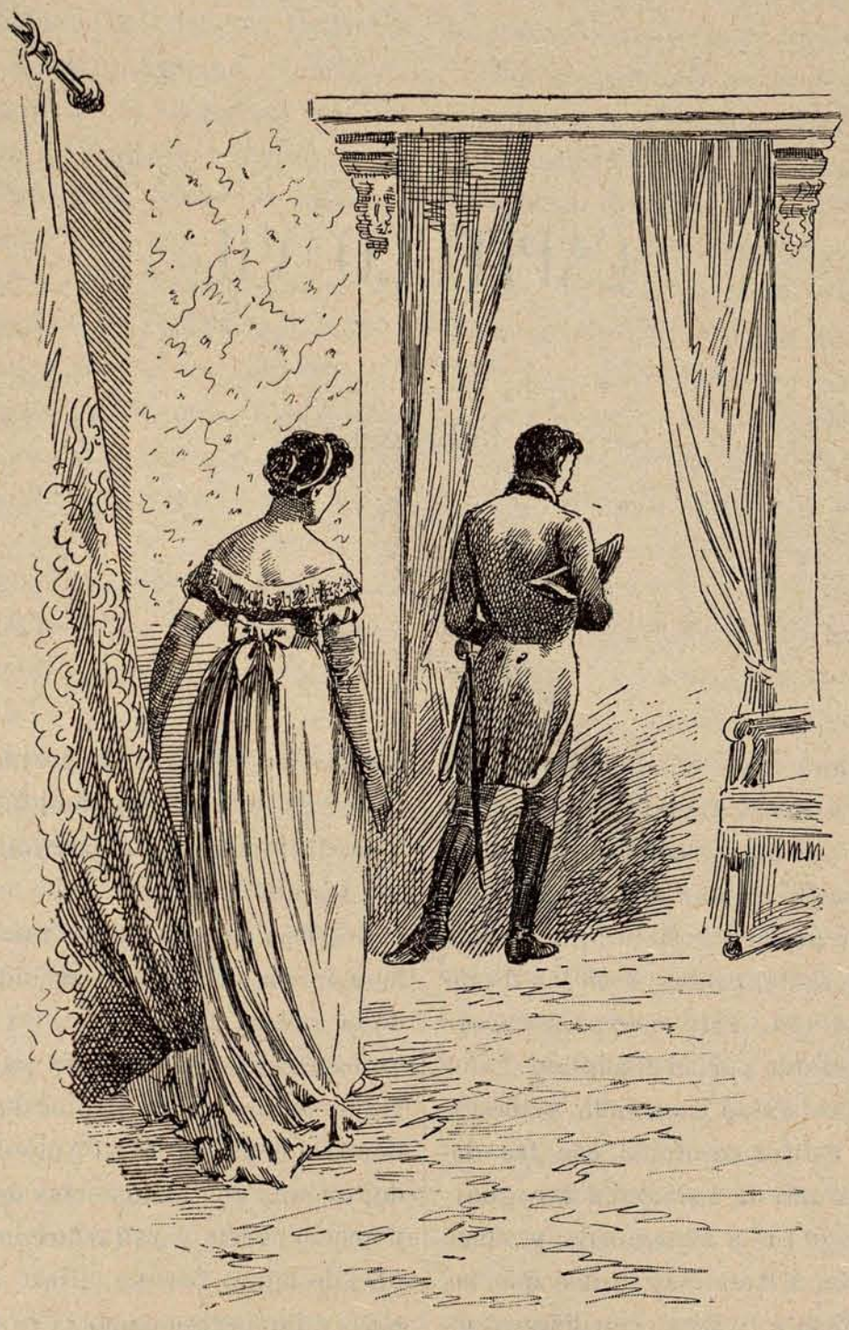
—¡Gracias por ello!—murmuró la joven tristemente.

Espinosa dejó la estancia profundamente preocupado, siguiéndole con la mirada la bella francesita.

Dura por demás era la situación del bravo militar, colocado en la alternativa de ser perjuro á los juramentos hechos á la noble Rosario ó de arrastrar á la desesperación á la interesante francesita. Por un momento maldijo los azares de la guerra, que en tal conflicto le dejaban puesto; pero no tardó en rehacerse, y, al través de las brumas del horizonte y en medio de la inmensidad del mar, vió levantarse la española figura de su amante, emblema de

la tierra natal; creyó oir los victoriosos acordes de los triunfales himnos de Bailén y cual si asomaran su ensangrentada faz entre los arreboles del crepúsculo las sombras de los mártires del Dos de Mayo.

No: nada era posible entre Bonaparte y un pecho



Espinosa dejó la estancia profundamente preocupado...

español; todo aparecía aborrecible á los ojos de un patriota si venía de aquel lado; y así Espinosa lanzaba un enérgico juramento, y, mirando con apasionada ternura los colores nacionales de su uniforme, sintió desvanecerse la turbación que le había causado el coloquio con la hermosa francesa y envió á España un suspiro de amor á la par que un pensamiento de eterna fidelidad.

CAPÍTULO VII

Fábregas

I

La isla de Langeland, que en danés significa *tierra larga*, está situada al sudeste de la Fionia, separadas ambas por un estrecho que se atraviesa en muy pocas horas. En dicha isla estaba de comandante el digno y pundonoroso militar D. Ambrosio de la Cuadra, jefe del primer batallón de infantería ligera de Cataluña. Este cuerpo, formado por voluntarios, era notable por su disciplina, valor y excelente equipo. Había sido destinado primeramente á Italia, donde estuvo en unión con las demás fuerzas mandadas allá en 1805 para dar guarnición en Toscana; luego fué á Dinamarca; y como aquellas tropas llegaron á Hannover antes que las procedentes de la península, y siguieron distinto camino, tuvieron ocasión algunas de encontrarse en Eylau y Friedland.

Los oficiales todos rivalizaban en brío y entusiasmo: verdaderos descendientes de los almogávares, sentían un odio inextinguible á todo lo francés, cual si aun se encontrasen en Sicilia y Nápoles peleando contra los angevinos, ó bien en los Pirineos rechazando á Felipe *el Hermoso* á las órdenes de Pedro III de Aragón *el Grande*.

Entre los más ardientes enemigos de Francia, distinguíase un teniente llamado D. Juan Antonio Fábregas. Tendría unos treinta y cinco años. Era de carácter enérgico y resuelto, rudo en sus maneras, marcial en su porte, de atezado rostro, alto, robusto, verdadero tipo de montañés, valiente como un león. Había subido desde soldado conquistando sus grados uno á uno.

Era hijo de una ilustre familia arruinada por su acendrada adhesión al archiduque Carlos en tiempo de la guerra de Sucesión. Su padre no heredó del antes inmensamente rico patrimonio más que un viejo castillo en los montes de Darnius y un bosque lleno de caza. El joven Antonio pasó su niñez cazando, oyendo contar historias de guerras y aventuras, y creció fuerte y gallardo como los altos y recios robles de aquel bosque, libre como las aves de los aires é impetuoso como la furiosa *tramontana* que hacía retemblar el antiguo castillo.

A los veinte años entró en el ejército de voluntario de Cataluña, y, á falta de ocasiones guerreras, se distinguió por sus cualidades militares y su inquebrantable amor á la disciplina. Al embarcarse para Italia era ya teniente, y más tarde no quiso aceptar un ascenso para que se le proponía por haber salvado en Friedland á varios franceses que iban á sucumbir perseguidos por los prusianos.

D. Ambrosio de la Cuadra tenía en él la mayor confianza, pues sabía que era reservado, leal, valiente y heroico. A primeros de agosto de aquel funesto año de 1808 precisaba mandar despachos á

Copenhague para dar cuenta de una gran aprehensión de contrabando hecha en las costas de Langeland. Además tenía que trasladarse allí una importante suma, producto del derecho del paso por el Belt, de la aduana y de las contribuciones. D. Ambrosio de la Cuadra no vaciló un momento en confiar á Fábregas esta misión, pues era ademas de leal muy perito en contabilidad. El teniente admitió gustoso la propuesta, y sin pérdida de tiempo se dispuso á partir para lá capital danesa.

El cargo era comprometido, pues podía ser sorprendido por los ingleses y arrebatarle éstos la suma que debía ingresar en el tesoro dinamarqués. Pero Fábregas dió palabra de que antes que los ingleses se apoderaran del dinero lo arrojaría al mar, á pesar de no ocultar sus vivas simpatías por la Gran Bretaña.

Embarcóse una mañana de agosto, y con fresco viento pudo al cabo de tres días divisar las torres y cúpulas de Copenhague, cuya vista desde lejos le recordó la de Venecia.

Dirigióse al Ministerio de la Guerra, desempeñado por el honorable general Kjokkojschlager, uno de los más consumados jugadores de ajedrez que se conocían por entonces en el mundo civilizado, y al propio tiempo entusiasta admirador de Napoleón, cuyas campañas había leído en las largas horas de invierno.

El ministro era ya de edad algo avanzada. Parecía un canónigo español: afeitado, panzudo, carilleno, calando anteojos de oro, calvo, de atildados movimientos y ceremoniosos gestos, limpio siempre hasta la exageración, espejo y dechado de civilidad. El rey le tenía gran cariño por su fidelidad, y no quería reemplazarlo por ningún otro de más altas condiciones militares, por lo cual el digno Kjokkojschlager se eternizaba en la ministerial poltrona, irradiando su pasividad y atonía en el ejército que estaba bajo su dirección. Seguíase la antigua táctica prusiana: estaba todo como en tiempo de Federico; y si se quería tener una idea de lo que era un ejército en 1750, bastaba presenciar un parada de tropas danesas en el parque real de Copenhague.

II

Fábregas, acostumbrado á tratarlo todo militarmente, entró con marcial desembarazo en el despacho del ministro. Este quedó sorprendido al contemplar delante de sí á aquel hombre de hercúleas formas, moreno, de ojos negros, rudo acento y bronca voz, mirándolo por espacio de algún tiempo cual si tuviera delante á un ser de alguna nueva especie.

Fábregas no era lerdo y comprendió la extraña impresión que había producido en el digno ministro, y, queriendo divertirse á costa del excelente dinamarqués, exageró aún más su acento catalán, mezclando con el francés, que hablaba, algunas palabras de su tierra notables por lo terrorífico de su sonido. El pobre ministro, al escuchar aquellas dobles *rr*, aquellas *eses* con ribetes de serrucho, aquellas *aes* y *oes* cerradas y amenazadoras, parecía como si diese oídos á algún personaje del *Edda*, á algún diablejo de Odin ó á infernal evocación de algún drama de Œlanslchlager.

Por fin acabó de lanzar sus semirrugidos el almogávar, y Kjokkojschlager mandó llamar á un director de sección, que se presentó al momento.

El recién llegado era un hombrecillo flaco, amarillo, rubio, desmedrado y ruin. No era más que coronel, pero nunca había oído disparar un tiro. Su principal é indiscutible mérito consistía en estar casado con una danesa educada en París, de donde había traído todas las costumbres y elegancias. Su hermosura no era escasa, arrogante su figura y amenísimo su trato.

Murmurábase algo de cierta augusta persona, pero no había que hacer caso: Federica no era una roca; pero, con todo, si algo medió, sería probablemente debido á sus profundos sentimientos monárquicos, á su adhesión á la gloriosa dinastía reinante y al deseo de que no se dijese que la corte de Dinamarca iba en zaga á las de Luis XIV ó Napoleón.

Inmutóse el enclenque coronel al ver á Fábregas, pero el ministro le explicó que era un oficial español que había venido de Langeland á traer letras y moneda contante y el aviso de que se había sorprendido un gran alijo que podían ir á recoger los barcos del Estado. Al propio tiempo le manifestó que convendría obsequiar de alguna manera al mensajero de tan buenas noticias, y sobre todo al portador de aquellos 40,000 risdalers (20,000 duros), que vendrían de perilla para ayudar un poquito á los gastos del Ministerio de la Guerra. Hay que advertir que el Ministerio de la Guerra dinamarqués tenía siempre muchos gastos.

Quedóse, pues, en que el coronel Marborg se llevaría á comer á su casa al teniente Fábregas y que la coronela procuraría que el español adquiriese alta idea de la sublime corte danesa.

Marborg y Fábregas se dirigieron á un lindo palacio cerca del real alcázar, y, al poco rato de encontrarse esperando en un lujoso estrado, tuvieron la alta honra de que se presentase ante sus ojos la hermosa Federica, que era además y naturalmente baronesa.

Igual impresión que á la gente del Ministerio produjo Fábregas á la coronela, con la diferencia de que ésta no podía menos de establecer mentalmente cierto paralelo entre su aflautado y flacucho marido y el bizarro y gigantesco catalán, sufriendo el esposo una lamentable y exorbitante depreciación en aquella subjetiva operación proporcional.

Fábregas no dejó de mostrarse ni por un momento militar y español. El marido quería echárselas de diplomático, y la baronesa mostraba como deseos de coquetería que ninguna mella producían en la acorazada sensibilidad del oficial. No era que Fábregas fuese hermoso, pero sí tenia habladores ojos y varonil expresión. Por lo demás no entendía ni quería entender en tiquis miquis de enamoramientos ni en sutiles achaques de afeminados sigisbeos. Por los brezos de Darnius siguiéronle con los ojos más de cuatro pastoras enamoradas, y ni les dió siquiera los buenos días; vió en Florencia cantidad de bellísimas toscanas que le trajeron siempre muy sin cuidado; las rubias alemanas no le hicieron impresión alguna á pesar de sus hermosas trenzas y de sus cerúleos ojos, y las pescadoras y marineras de Langeland no podían decir tampoco qué voz tenía, siendo inútil, por lo tanto, que una hermosura de afeite como la baronesa pugnase por hacerse mirar con aduladora admiración y hacerse decir lisonjeras frases tratándose del selvático y rudo montañés.

Acabóse la comida, que fué buena. Mostróse obsequiosísima la coronela, y el barón consorte se levantó, dejando solos á aquellos dos seres tan distintos y antagónicos.

III

Federica hablaba perfectamente el francés, y de no peor manera Fábregas, nacido en las mismas mojoneras fronterizas. Iba ya á levantarse éste, porque le urgía regresar; pero la baronesa no lo consintió, sino que, muy al contrario, mando traer excelentes tabacos de la Habana, y con pasmo, maravilla y horror de los criados le suplicó que no se abstuviera de fumar en su presencia, allí en el mismo comedor, cuyas blanquísimas estatuas, esculturales buffets, preciosa vajilla, severos sillones y hermosas arañas se estremecieron al aproximar Fábregas el cigarro al fuego de una dorada copilla y producir una nube de azulado y fragante humo.

—Hubiera sido privaros de lo más interesante de nuestra hospitalidad si os hubieseis visto obligado á dejar esta casa sin poder satisfacer la pasión dominante en los españoles,—dijo la baronesa con azucarado acento.

—Señora, el fumar no es la pasión dominante de los españoles: es un vicio que muchos tenemos, pero del cual podemos prescindir también, sin que esto sea decir que no tengamos un gran placer en entregarnos á él, y mucho más estando en un país extraño en el cual nada recuerda las costumbres de la patria. Mi agradecimiento es, pues, doblado, y recordaré siempre con viva gratitud el cigarro habano que fumé en Copenhague ante la incomparable señora baronesa de Marborg.

—Mil gracias, señor oficial; pero creed que siento que no podáis recordar asimismo cosas de más importancia.

—Señora, sí recordaré. ¿Cómo olvidar el agradable rato que he tenido el honor de pasar con el digno general Kjokkojschlager? Y, sobre todo, ¿cómo no recordar siempre esos brevísimos instantes en que me ha cabido la alta honra de sentarme á vuestra mesa? Estad segura, señora baronesa, de que buscaré ocasión en que demostraros mi gratitud, y que si nunca llego á general he de hacer que se me nombre embajador de Dinamarca tan sólo para corresponder á la amistosa deferencia con que me habéis obsequiado.

—Tened por seguro, pues, que llegaréis á embajador. Me parece que tenéis excelentes cualidades para la diplomacia.

—No me las reconozco, baronesa, pero tampoco me parece imposible que pudiese irlas adquiriendo. Trataré, pues, de dedicarme al estudio en la alta política, aunque estoy seguro de que adelantaría mucho más si en vez de tener por maestros á nuestros ministros españoles me fuera posible recibir leccio-

nes de tan consumada perita como me parecéis ser vos.

—¡Oh, no! Os equivocáis mucho en eso: yo sólo soy una pobre mujer desterrada en estos países sin sol y sin alegría, condenada á permanecer eternamente aquí en esta isla. ¿En qué queréis que se ejerza mi diplomacia? Quien está en condiciones á propósito sois vosotros, que constantemente debéis pensar en huir y en regresar á vuestro país. Creed que si algo supiera, yo os daría consejos para proteger vuestra evasión y facilitaros la vuelta á España: ahora me he de contentar con desearos buena suerte y que sea pronto.

Fábregas creyó que debía ponerse muy sobre aviso.

—Baronesa,—dijo,—muy mal nos juzgáis al considerarnos capaces de faltar á los deberes de la hospitalidad, abandonando estas islas en que tan contentos estamos. No digo yo que entre tantas tropas no haya quien abrigue la ingrata idea de evadirse y volver á España, pero la mayoría no somos así. Aquí me tenéis á mí, que por nada del mundo me movería, si pudiese, de donde estoy ahora.

—Pues quedáis complacido,—replicó la baronesa, —supuesto que acaba de darse orden para que no os embarquéis para Langeland hasta que el rey disponga, y está muy vigilada la costa.

Fábregas sintió helársele la sangre, pero nada reveló en su semblante. Sin embargo, había tomado rápidamente una resolución.

IV

—Me ofende, baronesa,—contestó,—que se hayan tomado contra mí providencias que me impiden realizar un pensamiento que yo había acariciado. Sí: habíame propuesto dirigir una instancia al rey pidiendo se me concediera permiso para permanecer aquí algún tiempo, pues estaba deseoso de frecuentar la buena sociedad después de llevar nueve meses en Langeland entre pescadores y contrabandistas; y ahora, con esta fatal medida, se me impide mostrar como espontánea mi permanencia en la hermosa Copenhague. Eso ha sido para mí un funesto golpe; sí, ha sido calumniarme, suponiendo que al irme de aquí podría conspirar, cuando mi constante afán ha sido convencer á ciertos oficialillos de que interesa al honor de España secundar las miras del emperador y defender á Dinamarca contra los ataques de la pérfida Albión. Pero, en fin, y sea como fuere, veo cumplido mi deseo: tendré el gusto de pasar aquí agradablemente esta risueña estación, y si puedo contar con vos voy á solicitar que me reconozcan el grado en el ejército danés y... quién sabe, baronesa, si llegaré á coronel como el señor barón.

Federica bajó púdicamente los ojos, y Fábregas lanzó suavemente una vaporosa columna de humo.

—Nadie diría al veros,—repuso la dama,—que pudiese gustaros nada de este país.

Fábregas había trazado su plan y desde entonces no se apartó de él.

—¡Ah, señora! Veo que mi confianza en vuestra diplomacia no tiene fundamento. Dura ofensa habéis hecho á vuestra penetración al decirme estas palabras. ¡A mí no gustarme nada de este país! Aun os perdonaría la frase si hubieseis dicho *casi nada*. ¡Ah, baronesa! Hay en esta nación algo que deja muy atrás á lo mejor de España. Lo que es no os lo diré; pero aun prescindiendo del principal objeto de mi admiración, aun dejando aparte el motivo principal que me hubiera guiado para implorar del favor real el permiso de permanecer aquí, encuentro en esta monarquía lo que más me deleita. Sí: á veces, en mi niñez, me he preguntado si en vez de ser español, si en vez de correr por mis venas sangre goda, árabe, celta, bereber ó vasca, no sería yo acaso descendiente de aquellos intrépidos normandos que más de una vez asolaron las costas gallegas, es decir, un descendiente vuestro, un heredero de aquellos héroes que iban con Canuto, con Haroldo ó con Guillermo á mostrar el poderío danés por todos los mares y las tierras. ¡Ah, señora! Yo siento dentro de mí la nostalgia del Norte, y el Mediodía me aburre, me cansa y me repugna.

Federica encontraba algo extraño aquel entusiasmo septentrional del atezado español, pero éste lo comprendió y se apresuró á remachar el clavo.

—Y además,—repuso,—¿qué hombre puede decir en qué parte del mundo encontrará su ventura? ¿Quién sabe si será entre las húmedas nieblas del Norte ó en los abrasados arenales del Mediodía, en las perfumadas regiones del Oriente ó en los deliciosos verjeles del Ocaso, donde se le aparecerá la suprema visión evocada desde la primera juventud? En España encontraron los moros de la quemada Arabia el ideal de sus sueños; en Italia alcanza-

ron los bárbaros germanos la plenitud de su existencia, los goces de su imaginación; cuando César desembarcó en Inglaterra con sus legiones, quizás hubo de experimentar satisfacciones que no sabemos; los españoles hollaron con su planta desde lo más alto á lo más bajo de las Américas: si les gustó ó no aquel país, díganlo los que allí se quedaron y los muchos más que fueron. ¿Qué tendría, pues, de particular que otro español encontrara en la brumosa Dinamarca lo que en vano buscaba en su tierra natal?

Federica estaba muy atenta á las razones, ademanes, lenguaje y entonación de Fábregas, enteramente diferentes de los que privaban en Dinamarca. El rey de aquel país era como todos, por lo cual nada más tenemos que decir; la aristocracia cumplía admirablemente la misión de parecerse y remedar al rey; la clase media era horrorosamente clase media; el pueblo era... un pueblo mandado por aquella gente. No es, pues, de extrañar que al escuchar tales palabras le pareciera oir algo desconocido para ella, causándole una viva impresión, á pesar de decirlas Fábregas como dice un cómico su papel.

La baronesa se *humanizó* extremadamente al contemplar de nuevo al catalán: aunque no muy leída, bien sabía algo de la historia de Hernán Cortés, y se le figuró que aquel teniente de voluntarios de Cataluña debía ser cual otro conquistador mejicano.

V

Interesábale sobremanera al español, para llevar adelante su plan, hacerse suya á la baronesa; y no titubeó en emplear toda clase de medios para conseguirlo. Tratábase de volver á España, de no perder tiempo y, sobre todo, de no detenerse en Copenhague por si acaso las tropas lograban salvarse mientras él se encontrase ausente. Este pensamiento era el que más le mortificaba, y por lo tanto deseaba ante todo regresar á Langeland, huir de aquella corte y reunirse con su regimiento. Esto le hacía ser elocuente, erudito, parlanchín y galante. Todas sus dormidas potencias despertaban al estímulo del terror de quedar detenido, y no hubiera vacilado ante ningún medio con tal de salir de allí. Su memoria hacía prodigios cual la de un moribundo en el fatal instante de traspasar los umbrales de la vida: todos sus recuerdos acudían á su mente: lecturas veinte años há olvidadas se le refrescaban en la memoria, y palabras una vez oídas acudían á sus labios. Jugaba el todo por el todo.

El buen oficial volvió á la carga.

—Yo he sido muy desgraciado,—repuso.—Mi padre no me dejó más fortuna que un blasón, poca cosa cuando no se tienen bosques, castillos y vasallos. En el ejército he sido víctima de la más feroz envidia: ya comprenderéis qué carrera habré hecho siendo enemigo personal de Godoy.

—¿Le conocisteis?—le preguntó con gran interés Federica.

—¿Que si le conocí? Demasiado, por desgracia. Un hermano mío sedujo á una prima del privado; batiéronse él y su marido; matólo mi hermano, el cual huyó; y yo fuí quien lo pagué todo: era comandante y me hicieron perder tres empleos, quedándome de subteniente. Muchas veces le mandé carteles de desafío al gran ministro, pero nunca quiso admitir el muy cobarde.

—¡Dios mío! ¡Cuántas desgracias!

—Eso no obsta para que, si mañana le encontrase yo en Copenhague, no le ofreciese mi bolsa y mi vida, pues respeto siempre la majestad caída. Como dicen los franceses en su caballeresca lengua: *Honneur au courage malhereux.*

—¿Es cierto que era muy hermoso el favorito?

—Baronesa, me hacéis una pregunta que me pone en un grave compromiso; porque si me hubieseis preguntado si era hermosa la reina, os hubiera contestado que la esposa de Carlos IV era graciosa, distinguida, elegante, discreta, aunque no bella: nadie la hubiera confundido de rango, pues era una verdadera reina; pero no de la hermosura. Eso se queda para otras, para ciertas mujeres de alabastrino cutis, de aterciopelados ojos, de rojos labios, de rubios cabellos, de sin par figura... como vos, baronesa.

Federica dió las gracias á Fábregas con un glacial y severísimo saludo y dijo:

—Hablábamos de Godoy, caballero.

Aunque hubiésemos hablado del conde de Floridablanca, Jovellanos y Aranda, hubiera tenido yo que deciros que sois pasmosamente bella.

—Seguid, seguid con Godoy.

—Os decía, pues, si mal no recuerdo, que no podía yo aventurar juicio alguno sobre las condiciones

personales de Godoy por una desgraciada circunstancia.

—Pero ¿no decís cuál?

—Es que quizás lo toméis á presunción mía.

—No tal.

—Pues si queréis figuraros á Godoy, miradme á mí, menos moreno, pero igual en todo lo demás. ¡Oh! ¡Las veces que me he adelantado á gozar de sus conquistas tan sólo con ponerme un poco de colorete y polvos de arroz en la cara!

—¡Qué decís!

—Hasta un día... Pero...

—Decid.

—Pues bien: no sé por qué con vos me siento expansivo, animado, alegre y contento. Un día di una broma terrible á una alta, á una egregia persona.

—¡Cómo!

—Fuí un criminal, lo sé; pero necesitaba vengar mi postergación en el ejército. Era una tarde de Carnaval lluviosa. Me colé en cierto palacio disfrazado de capitán general, pasé por entre los guardias, penetré en una cámara, fingí una tenaz ronquera, y por la noche cierta dama quedaba sorprendida al ver de nuevo á su amante. Nada le dió á comprender, pero ¡quién sabe si hubiera yo conseguido desbancarle si me hubiese presentado al día siguiente!

Fábregas creció cien codos ante los ojos de la baronesa.

—¡Veo que os acompaña la fortuna!—exclamó la bella.

—Tengo un gusto especial en disputar á los validos sus esposas y en participar de sus placeres. Por eso os decía que creo á veces descender de algún emir árabe, de algún rey del mar normando, de algún príncipe de la Reconquista, de algún templario, de algún conquistador de América... Mi ambición es insaciable, inmensa. En el juego nadie me gana en las apuestas; en amor nadie me ganaba en los atrevimientos; pero ¡ay! esto sí que lo he perdido ya y me siento inerme, vencido, esclavo é impotente.

—¿Por qué tal mudanza?

—¿Y vos me lo preguntáis?

—Me confundís.

—Bien decía yo que no teníais penetración, baronesa.

—Pero ¿qué queréis decir?

—¿No comprendéis aún?

—Os juro que no.

—¿No os dice nada mi proyecto de no separarme jamás de esta encantadora ciudad?

—Supongo que será porque os gusta.

—Poco me importaría si no contuviese algo que encierra, como la perla dentro de la concha.

—Explicaos.

—No puedo.

—Decid.

—No, jamás: mis labios no pueden ofender á quien tan franca hospitalidad me ha dado.

—Pues, así, no acierto qué pueda ser si hay ofensa en decirlo.

—¡Dulce ofensa!

—Si es dulce...

—Dulce para el ofensor.

—Acabad.

—Pues bien: os adoro.

Anochecía.

CAPÍTULO VIII

¡Ay triste el que fía — del viento y de la mar!

I

No diríamos bien si tratásemos de *alegría* lo que experimentó Federica al escuchar la declaración de Fábregas, no: fué un efecto análogo al producido por una batería eléctrica, por el descubrimiento de una mina, por el parte de una victoria en el momento en que se tenía por segura una derrota.

Federica había vencido en aquel singular combate contra aquel Hércules pirenaico. Dálila, Omfala y Cleopatra ya no la mirarían con desdén. Al lado de Eva y de las grandes tentadoras se leería de allí en adelante el nombre de Federica de Marborg.

Y á fe que Fábregas no era maestro en enamorar á las bellas. Habría habido que poner más de un reparo á las conquistas hasta entonces alcanzadas: las más benignas entre las fáciles habían sido hasta entonces sus víctimas ó sus verdugos, según el aspecto bajo que se mire la cuestión. Una vez la baronesa hubo aprobado con un elocuente silencio la declaración del jóven, éste notó con profunda sorpresa que no había tenido más trabajo para abrir brecha en el corazón de la dama que el que había solido emplear anteriormente para hacerse dueño absoluto de las otras, cuya lista cronológica era esta: una planchadora de Barcelona, una horchatera de Valencia, una buñolera de Madrid, una mondonguera de Liorna, una artista modelo de Florencia y una moza de cántaro de Hamburgo. No es esto decir que, si la baronesa excedía á las anteriores en nobleza y... en edad, no fuesen dignas de alternar con ella, consideradas bajo el punto de vista estético, pues aunque hombre de guerra y sin mucha instrucción, Fábregas tenía excelente gusto, ingenio y fácil palabra.

Más de una vez se han visto catalanes militares con poca instrucción, pero de vivo ingenio, llegar á los más altos puestos. Fábregas era de la madera de esos políticos que como Manso, Prim, Cabrera y otros reunían á una grande inteligencia la actividad y el valor.

Al oir de los labios de su interlocutor la anhelada declaración, brilló una sonrisa de triunfo en el enjabelgado semblante de Federica.

Fábregas estaba resuelto á continuar en su papel hasta lo último.

II

Hemos dicho que anochecía.

—Sois muy pronto en vuestros enamoramientos, —dijo la bella con sabia coquetería.

—Depende de quien lo inspira,—contestó Fábregas.

—¿Y queréis suponer que yo...?

—No supongo nada: afirmo que sois capaz de inflamar el corazón del más frío escandinavo.

—¡Mal los juzgáis si creéis que los escandinavos son fríos!

—Como un hielo comparados con los españoles.

—¡No tanto!

—Más aún: no sabéis lo que es un español cuando ama.

—¿Constante?

—Como una roca.

—¿Callado?

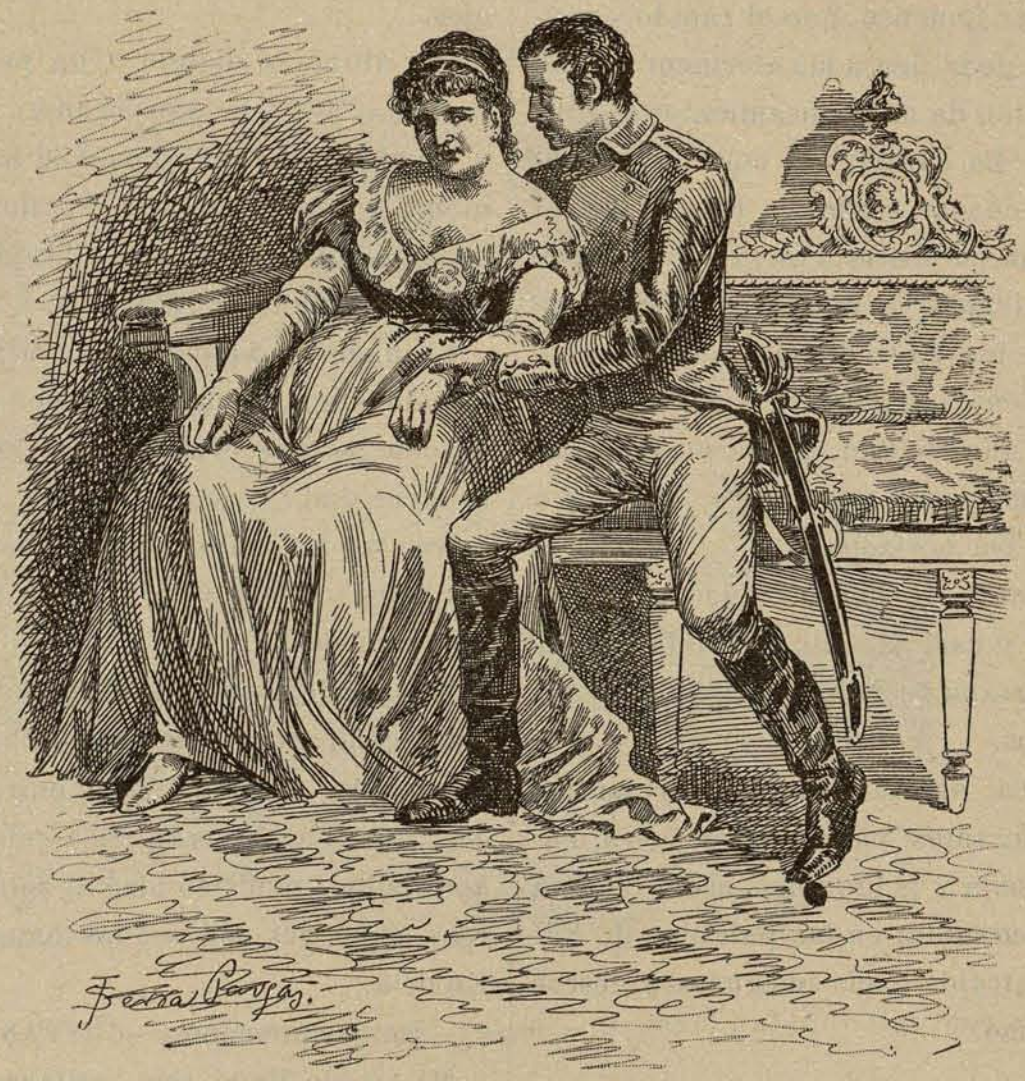
—Como un muerto.

—¿Fiel?

—Como un perro.

—¿Sincero?

—Nunca engañamos á nadie.



—Serenatas, raptos, cuchilladas, besos y muertes son inseparables de nuestro cariño.

—¿De veras?

—Ya lo conoceréis á medida que me vayáis tratando.

—Sois algo celosos, según dicen.

—Matamos más por celos que por infidelidades.

—Dicen que dais serenatas, como una prueba de amor.

—Serenatas, raptos, cuchilladas, besos y muertes son inseparables de nuestro cariño.

—Espero, pues, una serenata.

—La tendréis.

Iba oscureciendo. La baronesa no pedía luces. Oíase el vago rumor de las olas.

Federica se levantó y asomóse á una ventana que daba al mar.

Fábregas la siguió y se colocó á su lado.

Luego cruzó su talle con su brazo.

La baronesa no protestó.

—¡Oh dicha!—exclamó.—¡Oh escena ideal! ¡Oh dramática situación! Me creo en Venecia. Figúranseme misteriosas góndolas esas barcas que surcan la tranquila superficie de la rada. Esos canales, ese banco que los separa y que recuerda el imponente Lido de la reina del Adriático, parécenme amorosos sitios á propósito para que dos almas enamoradas se murmuren sus confidencias, cambien sus besos,

se entreguen á sus deliquios y confundan en una sus aspiraciones. Así vierais por la noche discurrir por el ameno Guadalquivir amarteladas parejas sevillanas que buscan en la frescura de la brisa del río un alivio á la pasión que devora sus corazones; así vierais en Florencia vagar por las riberas del Arno los jóvenes florentinos, cual si siguiesen con los ojos las sombras de Francesca y Paolo, cantadas por el Dante. ¡No, no hay nada que inspire más adoración que el mar inmenso, que el rápido y caudaloso río! La fijeza de la tierra me atormenta, y me distrae de la elevación de mis pensamientos la solidez de las piedras. En cambio, la onda, los cambiantes de la luz al chocar contra la blanda ola, el vago rumor del agua, el misterio de sus abismos, la frescura de aire húmedo, el monótono compás de los remos, es lo que me hace dichoso, es lo que yo ambiciono cuando siento inundada de amor mi alma, cuando contemplo una deidad de hermosura. Mi amor necesita la inmensidad por teatro, el peligro por base, lo infinito por horizonte.

Embobada escuchaba la baronesa las extrañas razones del español y casi participaba de la acuática manía de que estaba poseído el enamorado teniente de voluntarios.

La pobre Federica, acostumbrada á oir hablar tan sólo de rosas fragantes, palcos en la ópera, carrozas, casacas de seda y peluquines, creía oir una música extraña y seductora en las palabras de Fábregas y se sentía atraída hacia sus gustos y deseos como hacia un abismo.

III

Era ya noche cerrada. El brazo del teniente continuaba ciñendo el talle de la querida del rey. En el pecho de Federica había un calor comparable al que se deja sentir en la Puerta del Sol á las dos de la tarde de un día de agosto.

Brillaron algunas estrellas en el cielo, encendiéronse algunas luces en la bahía, y las estrellas, las luces y los ojos de Federica y Juan Antonio se reflejaron en el espejo del agua.

Para aumentar la tentación, veíanse circular por la rada barquillas tripuladas por alegres marineros, cantando y lanzando sonoras carcajadas.

Federica se había sentado cerca de la ventana, en un muelle sillón. Fábregas, de pie, apoyado en el respaldo, murmuraba al oído de la bella frases de amor y gratitud mezcladas con suplicantes frases.

La baronesa se levantó, acercó sus labios á los del teniente y desapareció. Al cabo de un momento volvió á entrar, envuelta en un ligero manto blanco.

Salieron por una escalera secreta y se encontraron en la plaza real.

Fábregas pareció que buscaba á alguien con los ojos.

Por último se dirigió á un portal, dejando sola á la dama, que quedó esperando.

En el portal hacia donde se había dirigido el teniente había un soldado español que había venido acompañando á Fábregas desde Langeland.

El teniente le habló y volvió hacia la baronesa.

La enamorada pareja se dirigió al muelle, paseando algunos momentos por el andén, recatándose de ser observados, para lo cual les favorecía la oscuridad.

Amarrados junto á unas escaleras había numerosos botes, canoas y faluchitos que se balanceaban blandamente.

El soldado á quien Fábregas había hablado hacía poco, compareció llevando un bulto.

Acercóse al teniente y le entregó una gorra escocesa, que Fábregas se puso quitándose el sombrero apuntado. Lo mismo hizo el soldado. Luego cruzaron sus pechos con sendas bandoleras, también de Escocia.

—Embarquémonos,—dijo Fábregas á la baronesa. —Mi criado lleva una guitarra y cantaremos en medio del mar sentidas trovas que trasportarán tu alma á mi país. Para no dar que sospechar, en vista de la orden que hay de vigilarme con rigor, llama tú misma á un barquero y entraremos luego mi criado y yo.

Federica hizo puntualmente lo que Fábregas pedía: llamó á un barquero y la canoa se arrimó á las escaleras. Iba tripulada por dos hombres. Federica saltó y en pos de ella lo hicieron Fábregas y el criado.

La bella y el teniente se colocaron en la popa, los dos marineros en el centro, de espaldas á ellos, y el soldado en la proa.

La canoa se deslizaba perezosamente sobre las ondas.

Oíase de vez en cuando el apagado rumor de un

beso, frases dichas con tierno acento, juramentos y suspiros.

La barca recorría la rada en todos sentidos. La noche se prestaba á la languidez. Los marineros remaban pausadamente y á veces la lancha se detenía.

Fábregas cogió el timón.

—Yo guiaré,—dijo.

Conviene hablar ahora de la configuración de la rada de Copenhague. Esta bonita capital está dividida en dos mitades, la una situada en la Zelandia y la otra en la isla de Amack, mediando entre ambas un estrecho canal. Próximo á la isla de Amack se levanta el islote de Saltholm, separado de ella por el paso de Drogden, por el cual se entra en el Báltico. Este paso tiene dos leguas de largo y comienza enfrente de la rada de Copenhague, donde forma dos canales separados por un banco. El canal interior, llamado Kongedyb (paso real), se halla á tiro de cañón de Copenhague, reuniéndose luego los dos canales en uno solo.

—¿No creéis que nos alejamos mucho?—preguntó Federica algo inquieta.

IV

La barca entró en el canal de Kongedyb. Pronto dejaron de ver la parte de Copenhague correspondiente á la isla de Zelandia, y sólo contemplaron las luces de los barrios pertenecientes á la isla de Amack y al otro lado el islote de Salthlm.

—¿No creéis que nos alejamos mucho?—preguntó Federica algo inquieta.

—¡Oh! ¡Alejarnos! ¡Quién pudiese huir contigo á esconder nuestra dicha hasta el fin del mundo! ¡Qué dulce es vivir como ahora, libres, dueños el uno del otro, sin tener que violentarnos en fingir sentimientos que no se sienten y en demostrar afectos que no se experimentan! ¡Cuán feliz me harías huyendo ahora conmigo y pasando unidos, sin separarnos ya nunca más, todos los días de nuestra vida! ¡Qué ansias de libertad, de espacio, de aire y de luz despierta en mí el mar inmenso!

Fábregas acompañó estas palabras con elocuentes movimientos que en vez de producir efecto en Federica lo producían en el barquichuelo, que cada vez se engolfaba más en el canal.

La baronesa comenzó á prestar más atención al barco que al teniente, pues preguntó algo azorada:

—Pero ¿adónde vamos?

—¡Yo qué sé!—respondió el teniente.—¡Al fin del mundo! ¡Donde puedas ser mía eternamente!

—¡Oh! ¡No, por favor! ¡No me llevéis!...—exclamó llena de angustia.

—Pues ¿qué queréis que hagamos?

La pobre mujer comprendió lo que se había propuesto Fábregas.

—Caballero,—exclamó;—no temáis que os eche en cara la engañosa conducta que conmigo habéis seguido. Os diré que en el fondo os agradezco que me hayáis ocasionado este cruel disgusto, pues conozco que me hubiera sido imposible vivir sin vos y hubiera debido ser ingrata con quien no lo merece. Sí: de fijo que hubiera acabado por concebir una pasión que siempre debe evitar una pobre favorita sin otro ideal que las modas y las diversiones. Id en buen hora. Desembarcadme en Amack y yo regresaré esta misma noche á Copenhague. Tened cuidado con los marineros, pues si sospechan algo no querrán conduciros á donde les digáis. Ya tenéis barca y habéis podido burlar la vigilancia de que erais objeto.

Fábregas puso una rodilla en tierra.

—¡Cruel es el destino de quien os pide perdón, señora! ¡Defiéndame á vuestros ojos vuestro propio corazón si amáis á vuestra patria! Por libertar á mis compañeros dejo lo que más quiero en este mundo. Yo hubiera sido muy feliz. Os encontré hermosa: veo que sois más noble aún. Acordaos de Fábregas alguna vez, que él se acordará siempre de vos.

La lancha atracó junto á la playa de Amack.

Fábregas tomó una mano de la baronesa y la besó cual si fuera la de una reina.

Federica se puso en pie, y, ligera como una ondina, saltó desde el barco á la arena, desapareciendo en breve su blanca silueta.

V

Á una señal de Fábregas los marineros volvieron á remar.

En aquel momento salía la luna, que estaba en todo su lleno.

En lugar de hacer rumbo otra vez á Copenhague los marineros vieron con sorpresa que el desconocido piloto llevaba el barco siempre canal abajo, alejándose cada vez más de la capital.

Ya estaba fuera del paso de Kongedyb.

Entonces Fábregas mudó de rumbo, y en vez de dirigirse hacia el norte lo hizo hacia el sur, navegando á bastante distancia de la costa.

Atravesaron el Sund. Los marineros llevaban provisiones y se detuvieron un momento para reparar sus fuerzas.

Hacía seis horas que remaban.

Luego costearon la parte norte de la Zelandia cual si quisiese dirigirse el piloto hacia el Gran Belt.

Los marineros le preguntaron que adónde iba.

—¡A Fionia!—respondió concisamente Fábregas.

Nada tuvieron que replicar á esto y siguieron remando.

Pasaron por delante de Elseneur (Helsingor). A haber sido más leído, hubiera podido admirar Fábregas el castillo en que se desarrolla la acción de *Hamlet:* como pensaba en otras cosas, sólo reparó en una pequeña rada y en una fortaleza que domina la costa.

Amanecía cuando perdieron de vista al castillo.

Fábregas pidió un anteojo á su asistente, y éste sacó el objeto pedido del bulto que había llevado á bordo.

El teniente miró con insistencia hacia un punto del horizonte.

Orzó y se remontó directamente al norte.

Los marineros miraron y exhalaron un grito de furor.

—¡Traidor!—exclamaron.—¡Nos llevas á la escuadra inglesa!

—¡Á remar!—gritó Fábregas.—¡Ay de vosotros si no me obedecéis!

Y diciendo esto tiró del sable con actitud amenazadora.

—¡Á remar!—gritó de nuevo con formidable acento.

El soldado que iba con él deshizo apresuradamente el bulto y sacó una carabina.

En el horizonte se veían tres buques de guerra ingleses.

Los marineros soltaban á cada momento los remos, negándose obstinadamente á ir á la escuadra.

Uno de ellos, en un arrebato de desesperación, se arrojó sobre el soldado, quitándole la carabina.

Lanzó un grito de feroz alegría y, apuntando á Fábregas, disparó.

Pero el teniente había tenido tiempo de prevenirse y, dándole un sablazo en la muñeca, pudo desarmarle y desviar el tiro.

—¡Basta de chanzas!—exclamó Fábregas.—Os mando que reméis, y ¡ay de vosotros si volvéis á intentar resistirme! Nada debéis temer si cumplís

ral me impidió abandonar á los ingleses para que jamás pudiera decirse que me había dado miedo morir como los demás, y entregué los documentos á un marinero que se prestó voluntariamente á llevarlos. Con ellos iba una suma considerable en letras y metálico. Si La Romana lo ha recibido todo, pueden estar ya algo adelantados los trabajos de evasión. Sin embargo, como es hombre bastante irresoluto, decidle vos mismo que me habéis visto á mí en persona, que vengo comisionado por las Juntas de Andalucía, Asturias y Galicia, que soy su representante y que cuide de que se haga todo cuanto antes y sin miramiento alguno.

—Perded cuidado. En cinco días puede quedar todo corriente. Además, en Copenhague sospecharán algo con mi desaparición y la de esos marineros que me han traído.

—Verdad es: urge más que nunca llevarlo todo aprisa. Hasta más ver, teniente Fábregas. Yo me quedo en la escuadra. El bote os dejará en Langeland mañana por la noche. Sin perder un momento vais á disponerlo todo. Hablaréis á La Romana, haréis que llegue sin tardar la orden de replegarse á Langeland á noticia de las tropas que manda Kindeland. Por mi parte procuraré que también lo entiendan los cuerpos acantonados en Zelandia. Adiós. Sin vuestro arrojo esa empresa hubiera sido irrealizable. Cuando se hable del hecho que vamos á llevar á cabo, la historia escribirá vuestro nombre con letras de oro y la posteridad sabrá que el modesto oficial de voluntarios catalanes Juan Antonio Fábregas fué el alma de la empresa, el principal actor de la noble trama.

Despidiéronse los dos amigos, embarcóse de nuevo Lobo en la escuadra inglesa, y la barca en que iba Fábregas, tripulada por dos marineros ingleses y llevando como pasajeros al esforzado teniente y á su ordenanza, emprendió la vuelta del sur con rumbo á Langeland.

Entretanto Kindeland y Dupuy redoblaban su vigilancia y no pasaba día sin que se formase consejo de guerra por el delito de sedición y desacato.

La situación era insostenible para ellos sabiendo que ni Espinosa, ni Méndez, ni Garroyo les perdonarían jamás los crímenes que habían cometido, y así pasaban los días y las noches en mortal angustia. Buscaban sin cesar una ocasión que les permitiera deshacerse de aquellos implacables enemigos á cuyas manos sabían habían de morir, y trataban por todos los medios imaginables de hacer que desapareciesen para siempre de entre el número de los vivientes. Mil veces habían enviado falsas delaciones á los gobernadores daneses de las islas, pero sus maquinaciones habían resultado inútiles gracias á la firmeza con que el marqués de La Romana había sostenido la inocencia de sus subordinados.

Con todo, era evidente que se acercaba el desenlace y que éste habría de ser terrible, ya que la cuestión estaba planteada en términos de que no cabía ya otro dilema que ser ó yunque ó martillo.

—¡SAL, Ó TE APLASTO COMO Á UNA VIL SERPIENTE!